

Históricas Digital



INSTITUTO
DE INVESTIGACIONES
HISTÓRICAS

“V. Vico y Boturini”

p. 77-82

Lorenzo Boturini y el pensamiento histórico de Vico

Álvaro Matute Aguirre

México

Universidad Nacional Autónoma de México

Instituto de Investigaciones Históricas

1976

89 p. + 5 hojas con láminas (ilustraciones)

(Serie Historia Novohispana 26)

[Sin ISBN]

Formato: PDF

Publicado en línea: 30 de noviembre de 2023

Disponible en:

<http://www.historicas.unam.mx/publicaciones/publicadigital/libros/160/boturini-pensamiento.html>

D. R. © 2023, Universidad Nacional Autónoma de México-Instituto de Investigaciones Históricas. Se autoriza la reproducción sin fines lucrativos, siempre y cuando no se mutile o altere; se debe citar la fuente completa y su dirección electrónica. De otra forma, se requiere permiso previo por escrito de la institución. Dirección: Circuito Mtro. Mario de la Cueva s/n, Ciudad Universitaria, Coyoacán, 04510. Ciudad de México



V. VICO Y BOTURINI

El lugar que ocupa la obra de Lorenzo Boturini dentro de la historia de la historiografía mexicana de tema indoamericanista es relativo al que ocupa Vico dentro de la historiografía universal. Tanto Vico como Boturini son, a la vez, arcaizantes y modernos.

El valor primordial de la obra de Gianbattista Vico reside en que fue ella la que rescató el conocimiento histórico del desdén al que lo había lanzado el conocimiento cartesiano de la naturaleza. Vico es tradicionalista y arcaizante por volver a sistematizar una teología de la historia como la que siglos antes que él había elaborado San Agustín. La diferencia radica en que para comprender el mundo histórico, Vico insiste en que su conocimiento dimana de las fuentes que la creatividad humana proporciona y cuyo fin es mostrar la relación existente entre el libre albedrío —lo immanente— y la Providencia —lo trascendente—. La creatividad humana debida al libre albedrío es lo particular, lo que constituye a cada una de las naciones que existen en el mundo; la trascendencia es la que establece lo general, lo universal que determina al género humano como tal, por encima de las diferencias que puedan existir.

La revolución historiográfica de Vico consiste en que hasta él

... la historia humana —escribe Edmund Wilson— había consistido en una serie de biografías de grandes hombres, o en crónicas de acontecimientos importantes, o en un espectáculo teatral dirigido por Dios. Pero a partir de ahora podemos ver que en la evolución de las sociedades han influido sus orígenes y su medio ambiente, y que, al igual que los seres humanos, las sociedades han pasado por fases naturales de crecimiento.¹

Por una parte, Vico le postula a la historia una estructura y un sentido, y, por otra, establece principios del conocimiento histórico particularmente valiosos. El fundamental es aquel que radica en afirmar que el hombre sólo puede conocer lo que él mismo ha hecho y que lo ha ido expresando en diversas maneras de lenguaje, a las que hace

¹ Edmund Wilson, *op. cit.*, p. 13.

corresponder con las tres edades. Cada edad plantea un modo *sui generis* de ser conocida, y con todo ello salva a la historia, que es historia del aquí y el ahora, es decir, del libre albedrío humano, por la vía de lo universal, de la naturaleza común de las naciones, es decir, de lo providencial.

Con ello postuló un sistema que le permitió aprehender lo particular dentro de una gran unidad significativa. El *hic et nunc* se explica en función de un conjunto general. Mas como todo sistema acabado, su aplicación trae consigo alcances y limitaciones. El sistema de Vico es oriundo del mundo mediterráneo y de su tradición histórica. Los otros mundos históricos no son atendidos por Vico, aunque en ocasiones manifieste ideas vagas sobre el Nuevo Mundo, por ejemplo. Su método es universal y, por ende, todo aquello a lo que no se refiere, lo que no trata como historia, cabe perfectamente dentro de su estructura y sentido universales.

Con Lorenzo Boturini y sus obras se puede medir el alcance y la limitación del hecho de aplicar un sistema convertido en metodología. Los alcances radican en la constante insistencia que hizo en sus manuscritos inéditos latinos, como el *Prólogo galeato*, incorporado a la primera parte de la *Idea*, donde se refiere a que los indios tenían medios para conocerse a sí mismos, expresados en lenguaje simbólico. De no haber tenido esas fuentes, todo conocimiento de las culturas de la América Septentrional hubiese resultado, cuando más, indirecto. Boturini es plenamente viquiano cuando insiste en la posibilidad de conocer la historia indiana a través de sus documentos. De ahí la importancia que le daba al *Catálogo* y a lo que él describía. No se trataba de un amor de coleccionista, sino de la posibilidad real de hacer una historia conforme se la había enseñado la lectura de la *Ciencia nueva*; de hacer historia como Vico la hizo con la lectura de Homero y de otros autores de la antigüedad clásica. Si no tuvo oportunidad de realizar las cosas como él lo hubiera deseado, se debió a las circunstancias que se han descrito. Su propósito no le resta validez a su intento. Sus resultados son precisamente la muestra de los alcances y limitaciones de la aplicación viquiana.

Por una parte, Boturini es un ortodoxo de Vico; por la otra, los materiales lo llevan a apartarse en cierta forma de las peculiaridades, pero no del sistema general. Si en la *Idea* la ortodoxia viquiana es patente, en la *Historia* es mayor el apartamiento. En el segundo libro hay una ruptura con el esquema, aunque Boturini lo daba por válido en su primer libro, donde trazó el plan general. El hecho de que sólo hubiera escrito el primer tomo de su *Historia general*, impide saber positivamente si hubiera habido un proceso de apartamiento del esquema o, por el contrario, un redondeamiento del mismo.

En todo caso, lo que se puede leer en la *Idea* es el perfecto apéndice americano de la obra de Vico. Su brevedad así lo permite. En la

Historia ya no aparece la transposición, a veces mecánica, a veces bien lograda de lo establecido en la *Ciencia nueva*. Es un libro donde el material se adecua a lo preconcebido, pero de una manera más libre, más de acuerdo con las exigencias del objeto que con los *a priori* del sujeto. En este sentido no se aparta de Vico, sino que lo sigue más en el aspecto epistemológico.

Dentro de la historia de la historiografía mexicana, como apuntó Le Riverend, Boturini inaugura un nuevo ciclo con su *Idea de una nueva historia general de la América septentrional*. Dentro del plano de la historiografía barroca —piénsese en Solís— no es su historia ni la biografía de los grandes hombres, ni el espectáculo teatral —concierto barroco— inmanente o trascendente, sino una historia de la cultura. En esto ya se habían dado grandes ejemplos en el siglo xvi, tanto en forma de sumas carentes de idea directriz o estructura, como obras perfectamente concebidas dentro de lineamientos teológicos, agustinianos o tomistas. Si bien a veces hay sabor arcaizante dentro de las páginas de Boturini, también hay atisbos racionalistas. Sobre todo, su arcaísmo es lo relativo a la tercera edad. En esto se diferencia poco de los autores del primer ciclo. En lugar de la explicación maquiavélica de los remedios de las naciones, es el demonio quien desvió a los indios de su buen desarrollo. Todo ello obediente al designio providencial, aunque como Vico tampoco es un maquiavelista convencido, Boturini salva por vía providencial el caso de la conquista española.

Mas, con todo, Boturini está más cerca del criollo que del peninsular. Su modernidad providencialista viquiana permite liberar a la historia total de la gentilidad indiana de ser concebida como pura obra demoniaca. Su guadalupanismo frustrado le da las mejores cartas credenciales para ser considerado como uno más de los que intentaron llamar la atención sobre el símbolo fundamental del patriotismo criollo, la virgen de Guadalupe. Incluso inventa el nahuatlismo *Tequatlanopeuh*, “vulgo de Guadalupe”, para insistir en la prehispanidad de la imagen taumaturga, aparecida, sí, cuando los indios ya estaban encaminados hacia la salvación por la ocupación o dominio de una potencia extranjera, como señala Maquiavelo.

Dentro de un contexto universal, como ya se ha dicho, la obra de Boturini es el apéndice americano septentrional de la *Ciencia nueva*, donde se expresa la naturaleza común de la nación nahua con las demás. La historia de la cultura náhuatl es parte, así, de la historia universal. La experiencia histórica del México antiguo es distinta a la del Viejo Mundo en lo particular, pero no en su estructura. La lectura superficial de Boturini puede indicar que se trata de una simple comparación de uno y otro contextos culturales. No es así. Si en sus trabajos abundan las citas de los clásicos grecolatinos, es para establecer la universalidad de la cultura que es objeto de sus reflexiones. Se entiende

aquí por comparación el tomar ejemplos de entidades distintas y no el considerarlas por separado como expresiones diferentes del ser humano. La obra de Boturini sería paralelista si careciera de sistema o si lo hubiera aplicado sin conciencia de que se trataba de un sistema. Lo dicho por él del propio Vico, así lo hace entender.

Todo esto invalida a cualquier criterio de carácter empírico que trate de negarle validez a la obra de Boturini, si se le quisiera ver como mero repositorio de datos y no como un fin en sí mismo. Tampoco puede considerársele como la aplicación de un sistema por capricho de la moda. En primer lugar, no puede hablarse de una moda viquiana, ya que el napolitano no dejó la huella que hubiera querido dentro de su contemporaneidad. Pasó mucho tiempo para que Vico fuera revalorado. Además, de haber habido moda viquiana, la obra de Boturini no sería la única que se hubiera beneficiado de ella coetáneamente a la divulgación del sistema.

El problema de la aplicación de un sistema emanado de una realidad histórica particular es que la materia que lo constituye pertenece a ella y sólo resultan aplicables los principios relativos al conocimiento del objeto en lo general, pero no en sus detalles. Si se entiende bien el sistema de Vico, puede concluirse que cada experiencia histórica es distinta. Por encima de las tres edades, lo que Vico trató de establecer era la existencia de la naturaleza común de las naciones, identificada con la experiencia vital humana, individual. Cada hombre es un individuo distinto. Un fin en sí, pero que es hombre, es decir, que participa de una naturaleza común con los demás, que lo define. Y si la vida es un derrotero inalterable, no sólo en su desarrollo físico, sino también como lo muestra Vico, en el espiritual, la historia puede seguir también ese derrotero. Ya se ha señalado que en el sistema viquiano lo que hace común a la naturaleza de las naciones es la Providencia. Por ello su sistema es una teología civil razonada de la Providencia Divina. Los nahuas, como los pueblos mediterráneos, participaban de esa esencia común, pero manifestada de un modo particular por obra del libre albedrío.

A la luz de una perspectiva actual, la obra de Vico y la de su seguidor Boturini significan el haber realizado el intento generacional por explicarse el mundo histórico. Comprendieron que eso era necesario y le dieron una solución, sobre todo Vico, el creador. Con su sistema, Boturini trató de aplicar una filosofía de la historia, que debe comprenderse como la solución al problema de aprehender lo diverso dentro de una unidad significativa, “escollo de toda filosofía de la historia”.² El

² Edmundo O’Gorman, “Historia y vida”, *Dianoia. Anuario de Filosofía*, México, Centro de Estudios Filosóficos y Fondo de Cultura Económica, II, 1956, p. 233. Reeditado en Álvaro Matute, *La teoría de la historia en México (1940-1973)*, México, Secretaría de Educación Pública, 1974, 208 p. (Sep-Setentas, 126).

modo de aprehensión fue válido en su momento y por ello resulta valioso ahora. En su momento era necesario decir que los seres humanos y las naciones participaban de una naturaleza común, pese a sus diferencias. Entonces era menester formular un sistema que legislara a la historia para poder universalizar lo particular; para poder darle su valor providente al libre albedrío. Ahora, lo particular es universal por su propio ser. La obra del Boturini viquiano es la obra de un iniciador; lo obra de quien trata de entender lo ajeno con un lenguaje propio y que al hacerlo establece una comunicación entre su objeto y sus congéneres, finalidad de todo historiador. En ello están sus alcances y sus limitaciones.

A diferencia de quienes le precedieron en la historiografía indo-americanista, Boturini ya no se enfrentó al problema de la existencia de un Mundo Nuevo, como sucedió con los historiadores del siglo XVI, cuya misión, sobre todo, radicó en dar una respuesta a esa presencia que alteró la cosmovisión medieval. Boturini acepta la historia de las culturas precolombinas como algo que necesariamente aconteció. Su experiencia histórica participa de la naturaleza común de las naciones. Boturini tomó el ejemplo del mundo náhuatl y con él estableció una relación entre un objeto de estudio y un sistema comprensivo. Su obra no llegó a término. En la *Idea* su insistencia en amoldar la cultura náhuatl a la *Ciencia nueva* hizo que el objeto quedara por debajo del método. En el único volumen de su proyectada *Historia general* la adecuación es más equilibrada. Boturini ya había expresado sus propósitos. En este libro comenzó a ponerlos en práctica. Por ello, en él, el objeto se logra sobreponer al método, quedando de éste sólo los principios fundamentales de carácter epistemológico.

De 1746 a 1749 se advierte un proceso de maduración en Boturini, manifestado en la asimilación que tuvo del pensamiento histórico de Vico. Lo que en una obra fue aplicación, en la otra fue comprensión. La falta de recursos y la muerte impidieron a Lorenzo Boturini Benaduci culminar sus trabajos. A pesar de ello, lo que dejó es suficiente para valorar su intento.

